

324.3 A.7



OMAR ACHA

Los muchachos peronistas

*Orígenes olvidados de la
Juventud Peronista (1945-1955)*

DONADO A BIBLIOTECA POR 20/20/20

UBAcyT. Juan S. Calija

BIBLIOTECA
NORBERTO RODRIGUEZ BUSTAMANTE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES



Planeta

Acha, Omar
Los muchachos peronistas.- 1ª ed. - Buenos Aires: Planeta, 2011.
256 p. : 15x23 cm.

ISBN 978-950-49-2703-7

I. Historia Política Argentina. I. Título
CDD 320.982

Editor: Fernando Horacio De Leonardis

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial Planeta
Diseño de interiores: Susana Mingolo

© 2011, Omar Acha

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo

© 2011, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682 (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: agosto de 2011
3.000 ejemplares

ISBN 978-950-49-2703-7

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento 459, Lanús,
en el mes de julio de 2011.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

«Afortunadamente tenemos una juventud maravillosa. Si el pueblo argentino es maravilloso en sus dirigentes o en sus individuos, lo es mucho más en sus muchachos; son muchachos puros, son muchos chicos limpios, viven en un ambiente tal que se hace maravilloso vivir entre ellos, porque son idealistas. Con la base de ellos vamos a hacer la Argentina grande que soñamos.»

Juan D. Perón, 16 de diciembre de 1953.

...jovenes del Comando Provincial para reorganizar la Juventud Peronista local, para cuya tarea designó al doctor Julio César Segura.²⁵¹ En Córdoba y en todo el país, la historia de la primera Juventud Peronista se cerraba junto al ciclo inicial del peronismo.

CAPÍTULO 5

Nacer de nuevo: la Juventud ante la derrota del peronismo



Los meses que siguieron a la caída de Perón revelaron que la apuesta política de John William Cooke por la Juventud Peronista no había estado del todo equivocada. Recapitulemos el periodo precedente para entender la actuación juvenil durante los meses iniciales de la Revolución Libertadora.¹

El clima social durante la segunda semana de junio de 1955 fue de extrema tensión. La procesión católica de Corpus Christi, el 11 de junio, movilizó en la ciudad de Buenos Aires a sectores cristianos, entre los que se destacaron los grupos juveniles. Se unieron a la manifestación amplias franjas del antiperonismo no católico. Horas más tarde se denunció que se había quemado una bandera nacional en el Congreso. El día 14 una multitud convocada por la CGT se reunió en la Plaza de Mayo. En actitud a la vez amenazante y aplacadora, Perón pidió que le dejaran la solución el asunto. Sin embargo, el umbral del enfrentamiento había alcanzado un punto de no retorno. La oposición militar, particularmente en la Marina, estaba dispuesta a todo para derribar a Perón. El 16 de junio, el arma naval intentó un magnicidio que dejó un atroz saldo de víctimas en los alrededores de la Casa Rosada.

Derrotado el movimiento sedicioso, el presidente propuso una «pacificación» que era a todas luces imposible. Hizo gestos hacia

¹ Ver María Estela Spinelli, *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la «evolución libertadora»*, Buenos Aires, Biblos, 2005; Julio Melon Pirro, *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2009.

²⁵¹ «Fue intervenido el Comando de la Juventud Peronista, hoy», en *Córdoba, 15-9-1955*; «Fue intervenido el Comando de la Juventud Peronista en Córdoba», en *La Prensa*, 16-9-1955.

la oposición política, que pudo hablar por la cadena nacional de radiodifusión, y hacia el interior del movimiento peronista desautorizando todo preparativo serio de resistencia ante un nuevo golpe militar. Se produjeron cambios en rangos gubernamentales y en las asociaciones peronistas. Entre otras intervenciones en el aparato justicialista, Cooke asumió la responsabilidad partidaria en el distrito metropolitano.

Los planes de Cooke para impulsar una dinámica de organización en los barrios gracias a la activación de las Unidades Básicas y el conglomerado asociativo pro peronista fueron arrasados por el golpe de Estado de setiembre. No se ha reparado el lugar que en esa revirginación militante del peronismo Cooke asignó a la Juventud Peronista, ni en las huellas de su actuación después de la caída de Perón. Lo que sabemos es que la significación simbólica del local de la Juventud ha pasado a ser una referencia marginal dentro de los relatos de la Resistencia Peronista.

Un testimonio recogido por Florencio Monzón (h) nos presenta un panorama de lo ocurrido en la sede que la Juventud Peronista porteña tenía sobre la calle Riobamba. Según los recuerdos de Rodolfo Rodríguez Galvarini, ese local permaneció activo durante un breve tiempo incluso después de que se apagaron, por la represión pero también por la defecación, otros locales partidarios. Allí se encontraron quienes no se habían resignado a la nueva situación. Además de César Marcos y Cooke, iban Arturo Jauretche, Héctor Saavedra y Alicia Eguren.²

Otro texto de Monzón —reiterando el tópico visto en el capítulo I sobre el «desierto» en el que comenzó a actuar la Juventud Peronista— apunta en la misma dirección. Subraya la breve vida del bastión de Riobamba, único espacio sobreviviente del Partido Peronista: «No sabíamos nada de nada. Cerraron todos los locales del Partido Peronista —maldito para lo que servían... llenos de alcahuetes y la-drones— y sólo nos quedó el de la Juventud Peronista de la calle Riobamba, regentado por John William Cooke (...). Pero cuando llegamos, estaba cerrado. Había caído la cana, el "Bebe" [Cooke] se rajó por los techos, acompañado de Pepe Rosa, mientras César Marcos, Osvaldo Morales, Carlitos Held, Héctor Saavedra, Copete Rodríguez y varios más, habían eludido la encerrona».³ No obstante, recuerdos

² Florencio Monzón (h), *Llegó carta de Perón*, ob. cit., pp. 140-141; Marta Cichero, *Cartas peligrosas de Perón*, ob. cit.

³ Florencio Monzón (h), «¿Quién se robó mi niñez?», en <http://www.rodolfowalsh.org/spip.php?article2005> (último acceso: 10 de febrero de 2011).

como los de Ricardo Guardo, quien no tenía motivos para distorsionar esta brizna de su memoria, destacaron que a pesar de algunos allanamientos, el local continuó como espacio de reunión durante un lapso de tres meses.⁴ Más exactamente, podemos suponer que eso concluyó poco después del 30 de noviembre, fecha de disolución del Partido Peronista. ¿Por qué minimizar la importancia de su persistencia como lugar de transmisión política, sobre todo para las nuevas hornadas militantes, con los dirigentes de la fase que todo hacía pensar había concluido?

Ahora podemos volver a encarar una discusión anunciada de modo muy preliminar en el inicio de nuestra argumentación: ¿por qué el acuerdo de la Juventud Peronista se disolvió o se negó? La hegemonía del relato tradicional de la historia de la Juventud Peronista —esto es, su nacimiento *ex nihilo* hacia 1957— se explica por varias razones. Una de las más importantes reside en que las y los integrantes de la corriente que impuso su memoria colectiva sobre las vertientes mejor dispuestas a atenerse a una estructura política «justicialista».

Intentemos otro ingreso al problema. Leamos relatos sobre el período de actores que no estaban realmente comprometidos con las pujas de poder internas al peronismo. Quizá ellos nos provean informaciones calladas por voces más interesadas en las competencias entre fracciones peronistas. Y eso es justamente lo que nos sucede si acudimos a una narración de la Resistencia Peronista en sus primeros meses, tales como la del militante ex comunista y filoperonista Juan M. Vigo.⁵ Este activista santafesino pertenecía al sector de izquierda aglutinado por el historiador y periodista Rodolfo Puiggrós, quien desde el Movimiento Obrero Comunista había apoyado al gobierno de Perón.⁶

Cuando se produjo el golpe militar de 1955, Puiggrós y su grupo se insertaron en las redes de la resistencia. Las «memorias» de Vigo

⁴ Ricardo C. Guardo, *Horas difíciles*, Buenos Aires, sin mención editorial, 1963, p. 58. En realidad, el texto de Guardo fue compuesto por el activista César Marcos.

⁵ Juan M. Vigo, *¡La vida por Perón! Crónicas de la resistencia. Memorias de un combatiente de la Resistencia*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1973. Ricardo Guardo, ob. cit., expresó una opinión favorable sobre las facultades políticas de Vigo para situarse en la malla de la Resistencia. Proviene de un actor que carecía de simpatías hacia un activista de origen comunista, induce a una mayor credibilidad hacia sus pareceres. Respecto de este período, ver Julio Melon Pirro, *El peronismo después del peronismo*, ob. cit.

⁶ Sobre Puiggrós y Vigo en este momento, ver Omar Acha, *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 2006, cap. 4.

proviene de esa experiencia, en la que conoció a varios integrantes de la Juventud Peronista porteña. Las menciones de Vigo son fundamentales para nuestro argumento porque cuestionan el relato de la Juventud Peronista como superestructura inerte, sostenida por las prebendas del Estado o el Partido gobernante hasta setiembre y en seguida desbaratada. También nos acercan imágenes más vívidas de actores cuyos nombres hemos mencionado, pero que sin mejores descripciones se disuelven en la bruma de una rápida alusión.

Al carecer de un posicionamiento interno al campo en competencia de la Juventud Peronista, Vigo nos descubre hechos invisibles para quienes se identificaron con alguna variante del peronismo joven. Su aparente ingenuidad abre de un trancazo distraído la evidencia que esta investigación indica, a saber, que la Juventud Peronista fue, con todos sus problemas, el sector de la sociedad política peronista que mostró mayor dinamismo en sus últimos meses de existencia.

Debemos destacar en primer término la presencia juvenil que Vigo apunta en las reuniones clandestinas apenas posteriores a la caída de Perón. Refiriendo a la formación de un «Frente Emancipador», donde el sector liderado por Puiggrós había alcanzado alguna significación, Vigo aludió a su conformación: «A cada sector que se incorporaba se lo agrupaba independientemente. El movimiento femenino, el partido [masculino], la juventud y la confederación general del trabajo tenían representación directa en el comité ejecutivo de siete miembros. A la policía, sacerdotes, ejército, etc., se los agrupaba en forma independiente, pero en contacto directo con el Comité Ejecutivo».⁷

Según esto, la Juventud Peronista actuó en la lucha contra la Revolución Libertadora ocupando un sitio junto a militantes de las tres ramas reconocidas del movimiento: los dos partidos peronistas y la CGT. Vigo añadió la mención de un accionar concreto: «Los grupos juveniles pintaron en una noche todas las paredes del centro, lo que produjo al día siguiente vivos comentarios y constituyó un fuerte tónico para la moral de las masas peronistas».⁸ Una de las acciones más conocidas fue quizá la reescritura de la inscripción callejera «Cristo Vence», representada por una cruz situada entre los brazos de una letra «V», por el «Perón Vuelve», gracias a la transformación de la cruz cristiana en una «P». En ese contexto, las relaciones de los núcleos resistentes con los jóvenes peronistas se multiplicaron. Las re-

⁷ J. M. Vigo, *¡La vida por Perón!*, ob. cit., p. 38.

⁸ *Ibidem*.

membranzas de Vigo se refieren a pequeños grupos o a individuos. Tal característica del recuerdo tiene algo de afortunado para nuestro trabajo, pues nos acerca pinturas detalladas de los activistas.

Así sucedió con una referencia al «Comando» organizado por los hermanos Traversi, a quienes habíamos encontrado entre los oradores de las Jornadas Doctrinarias de mayo de 1955. De acuerdo con Vigo, un participante de aquel comando había descrito a uno de los hermanos del siguiente modo: «Dijeron que la forma de trabajar de [Rodolfo] Traversi era unipersonal, exclusivamente caudillesca. Su principal actividad consistía [en] lanzar volantes firmados con su nombre. No tenía la menor idea de lo que debía ser la organización y menos del trabajo gremial. Las relaciones con los grupos eran casi siempre epistolares. En cambio era valiente, se movía como un coati y reunía varias otras condiciones positivas».⁹

Mencionado en oportunidades anteriores, Rodolfo Traversi (1927-1999) había transcurrido su infancia en el barrio de Villa Lugano. La figura de Traversi, identificado por Tuli Ferrari —según vimos— como un «secretario fantasma» de la Juventud Peronista, conservó el talante de activista de orígenes «bien populares».¹⁰ En su adolescencia dirigió una sección de la Unión Nacionalista de Estudiantes Secundarios, desde donde se vinculó con el Movimiento de la Juventud de la Liga por los Derechos del Trabajador. Afiliado al Partido Peronista desde 1947, tuvo contactos con el ministro de Salud Ramón Carrillo y cumplió funciones en el secretariado del sindicato Unión Personal Civil de la Nación.¹¹ Otras dependencias que reclutaron jóvenes nacionalistas y peronistas fueron la Secretaría de Prensa y Difusión, conducida por Alejandro Apold, y la Secretaría de Asuntos Políticos. En 1951 comenzó a tallar en la estructura del MJP, conjeturamos, inserto en el grupo de jóvenes nacionalistas-peronistas amparados por Carrillo, él mismo un nacionalista ya activo en dicha corriente en su Santiago del Estero natal.

La memoria política de Vigo cincelo un retrato distinto de Antonio «El Alemán» Traversi, hermano de Rodolfo: «Llegó el mozo acompañado de dos lugartenientes —era práctica de los “conspiradores” hacerse acompañar por guardaespaldas, que hacían más visibles sus desplazamientos—. Bajo, delgado, edad indefinida entre

⁹ *Ibidem*, p. 131.

¹⁰ Entrevista con Alberto Brito Lima, La Matanza, 15-9-2010.

¹¹ Víctor E. Lupo, *Historia política del deporte argentino (1610-2002)*, Buenos Aires, El Ateneo, 2004, p. 416.

20 y 27 años. Hablamos durante una hora y media, llevando él casi siempre la voz cantante. Se ubicó en el extremo contrario de la mesa, afirmando en el codo, dándome constantemente el perfil derecho. En ningún momento me miró a la cara y mascó maní tostado durante todo el tiro (sic).¹²

En otro lugar, Vigo volvió a evaluar la calidad de Rodolfo Traversi, de quien había criticado el hábito de colocar su nombre en los volantes distribuidos como dirigente de la Juventud Peronista. Sin embargo, su parecer general sobre el cuadro juvenil peronista fue positivo: «Rodolfo Traversi era la antítesis de su hermano el mentado "alemán", no sólo físicamente, sino en lo temperamental. De regular estatura, buen físico, amplio tórax, sereno, medido en sus expresiones, cauto. (...) Modesto en el vestir, casi diría que descuidado, daba la impresión del guerrillero que abandona temporariamente sus actividades en pleno combate para asistir a una reunión de estado mayor».¹³

La impresión que produce el relato de Vigo coincide con descripciones de la época relativas al mundo sindical. A pesar de todas las precauciones para calibrar las razones de la debilidad relativa de la Juventud Peronista para inscribirse orgánicamente en el proceso de la Resistencia, no debemos olvidar que su disgregación y endeblez fueron el rasgo común de todo el movimiento de oposición. Es un error pensar la Resistencia Peronista como un movimiento masivo y coordinado en el que un pueblo reaccionó al unísono saboteando y hostigando al gobierno militar y a los «comandos civiles». En realidad compartió los rasgos de desarticulación y estructuración de archipiélago tal como aconteció con la resistencia obrera.¹⁴

Vigo concluyó su evaluación de Rodolfo Traversi enfatizando que era preciso definir una política hacia la Juventud Peronista, replegada y fragmentada, pero no aniquilada: «Poco es lo que logramos con Traversi y poco después le perdimos el rastro a él también. Sin embargo, proseguimos organizando grupos juveniles y no dejamos de presentar atención a este problema».¹⁵ Trabajos recientes sobre la

¹² I. M. Vigo, ob. cit., p. 133.

¹³ *Ibidem*, p. 166.

¹⁴ Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase obrera argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

¹⁵ I. M. Vigo, ob. cit., p. 168. Posteriormente Rodolfo Traversi se dedicó a la dirección técnica de equipos de fútbol. A comienzos de la década de 1960 lo fue del Club Atlético Bolívar, de Córdoba. En el período 1973-1974 fue titular de la Dirección General de Deportes de la ciudad de Buenos Aires, y de la Subse-

resistencia peronista mencionan a Traversi al pasar, sin establecer su actuación precedente. O, sin aclarar sus orígenes, en otros estudios contemporáneos aparece asociado a la dirigencia tradicional (la «vieja línea» de Teisairé y Leloir), contrastante con la «intransigencia» de la nueva hornada de jóvenes peronistas.¹⁶

El libro de Vigo aporta otra viñeta interesante, esta vez sobre Alberto De Morra, miembro de la Juventud Peronista al que hemos hecho referencia en ocasión de una actividad pública para difundir la candidatura de Teisairé en 1954. De Morra provenía de la Alianza de la Juventud Nacionalista y transitó a la Juventud Peronista sin resignar sus convicciones ultranacionalistas. A ellas refirió más tarde un falangista español, poco confiable en sus afirmaciones históricas pero del que tomamos esta mención literal, verosímil y concordante con otros rasgos del personaje. De Morra informó que en la Alianza «solo imperaba la noble y rígida escuela de nuestro José Antonio [Primo de Rivera]». ¹⁷ Según dos testimonios el joven ostentaba sus orígenes sociales acomodados. Un poco en broma, pero también un poco en serio, se autotitulaba «conde».¹⁸

Sucedió entonces un extravagante episodio relativo a la revista *De Frente* que Cooke lanzó a fines de 1953. Desde setiembre de 1955, incluso si dispuso una actitud expectante ante la tesitura política de Lonardi, *De Frente* fue un órgano de la temprana estrategia de resistencia. Tuvo razón Enrique Oliva al decir que *De Frente* fue «sin lugar a dudas la primer [sic] publicación de la Resistencia Peronista».¹⁹ Pues bien, en uno de sus fascículos finales de 1955 apareció una fotografía de De Morra identificándolo como figura juvenil dentro de la serie de

cretaría de Deportes de la Nación en el gobierno de María Estela Martínez de Perón. En esta última función contribuyó a la confirmación de la realización del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 en la Argentina. También fue interventor de Radio Municipal. Luego participó en la Asociación de Técnicos del Fútbol Argentino. Ver Víctor F. Lupo, *Historia política del deporte argentino (1610-2002)*, ob. cit.

¹⁶ Liliana Garulli y otras, *Nomeolvides*, ob. cit., pp. 52 y 171; Florencio Monzón (h), *Llegó carta de Perón*, ob. cit., p. 331.

¹⁷ Francisco Blanco, «El "Gabinete" de Exteriores de la Secretaría General del Movimiento, 1945-1957», en *Rastro de la Historia*, disponible en http://www.rumbos.net/rastroria/rastroria08/SExteriorFET_3.htm (último acceso: 10 de febrero de 2011).

¹⁸ Entrevistas con Florencio Monzón (h) y Alberto Brito Lima.

¹⁹ E. Oliva en Miguel Ángel Moyano Laissué, ed., *El periodismo de la resistencia peronista, 1955-1972*, Buenos Aires, 2000, p. 2.

tud Peronista que actuó en los inicios de la oposición al nuevo poder establecido fue José Luis Cora, también ya mencionado, quien estaba en el grupo reunido en la casa del historiador revisionista José María Rosa en el momento de la detención de Cooke.²⁴



José Luis Cora, circa 1958, ya en el neoperonismo.
Fuente: Centro de Estudios Nacionales, Biblioteca Nacional.



Alberto De Morra, de la Juventud Peronista.
Fuente: *De Frente*, n.º 93, diciembre de 1955.

Del mismo modo que con Traversi, la decepción sobre el fracaso de una colaboración arroja luz respecto de las potencialidades del activismo de la Juventud Peronista. Carecemos de informaciones fidedignas de los contactos de De Morra entre los jóvenes peronistas, aunque es muy posible que algunas de sus vinculaciones permanecieran.

que no fue. Los archivos ocultos del peronismo, Buenos Aires, Planeta, 1997, pp. 514, 529.

²⁴ Enrique Manson, *José María Rosa. El historiador del pueblo*, Buenos Aires, Ediciones Ciccus, 2008, p. 205. Manson recuerda que Cora fue acusado por varios testigos de la época de ser el delator del paradero de Cooke, aunque también manifiesta que la detención pudo haberse producido por un descuido de Alicia Eguren, quien habría sido seguida por la policía. El episodio permanecerá irremediado mientras no se analicen documentos policiales.

quienes habían mantenido una actitud fiel al peronismo, contrapuesta a la deslealtad de Teisairé.²⁰ Si así fue, entonces es forzoso insertar a De Morra, figura de la Juventud Peronista, como partícipe relevante de la fase primigenia de la resistencia. Según los recuerdos de Marta Curone, ex presidenta de la rama femenina de la UES y luego activista de la Juventud Peronista devenida mixta tras la caída de Perón, De Morra era «el responsable máximo» del sector, seguramente por decisión de Cooke.²¹

Vigo lo trató en esos momentos. El retrato de De Morra provisto por el escritor y político santafesino lo describe como «joven, despierto, inteligente y audaz». Le causó una buena impresión y encontró en él «pasta» política. El activista peronista le narró cómo habían roto los vidrios de *La Prensa* con los grupos juveniles que comenzaban a organizarse. Conversaron sobre tareas organizativas. Como De Morra estaba vigilado por la policía —la fotografía en *De Frente* no colaboró en sustraerlo al reconocimiento de ojos bien abiertos— Vigo le aconsejó pasar a la clandestinidad. Pero luego cayó preso «tontamente» cuando la policía convenció a su madre de que lo citara para hablar de un asunto sin importancia.

Según Vigo, la caída de De Morra impidió al Frente Emancipador entrar en contacto «con un grupo numeroso, activo y capaz de la juventud peronista, de tendencia nacionalista, sobre cuya base hubiese sido muy probablemente una gran agrupación juvenil, utilizando las vinculaciones de ellos y las nuestras».²² De Morra, como Rodolfo Traversi, fue bien visto por un Vigo siempre dispuesto a calibrar las calificaciones políticas de sus interlocutores. De su accionar en la resistencia ya no hay ulteriores noticias.²³ Otro integrante de la juven-

²⁰ Sobre la revista, Mario Ranalletti, «*De Frente* (1953-1956): una voz democrática y antiimperialista en la crisis final del primer peronismo», en Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrochi-Woisson, comps., *Cuando opinar es actuar. Revistas argentinas del siglo XX*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999.

²¹ Marta Curone, *Al servicio de la causa*, libro disponible en <http://movimientoperonista.com/martacurone/alserviciodelacausa.html> (último acceso: 10 de febrero de 2011).

²² J. M. Vigo, *La vida por Perón*, ob. cit., p. 166.

²³ En su libro *Ezeiza*, el periodista Horacio Verbitsky menciona a De Morra como director de Ceremonial del municipio del aeropuerto y colaborador de la derecha peronista. Después de los hechos de Ezeiza, el 20 de junio de 1973, De Morra se habría jactado de haber «colgado» en la ocasión a «dos o tres zurdos». Ver H. Verbitsky, *Ezeiza*, Buenos Aires, Planeta, 1995. Miguel Bonasso coincide en ubicarlo en el mismo cuadrante político: M. Bonasso, *El presidente*

cieran activas. Vigo no tendió un puente entre Traversi y De Morra como parte de un mismo colectivo, probablemente porque no conocía adecuadamente el ambiente peronista porteño, o simplemente porque los jóvenes simpatizantes de Perón se disgregaron en las docenas de agrupamientos que varios testimonios refieren. Desde luego que la ventana que Vigo nos abrió a ese mundo es parcial. Algunos recuerdos de otro participante de la Juventud Peronista en Buenos Aires que hemos citado antes, Alfredo Carballada, son incluidos en reminiscencias de la resistencia peronista pero no se lo vincula con una experiencia anterior a 1955.²⁵

De acuerdo con los recuerdos de un militante juvenil de fines de los sesenta, Carballada provenía de la Alianza Libertadora Nacionalista y había realizado un viraje ideológico hacia el peronismo de izquierda después de 1955.²⁶ De su pasado prefería relatar cómo había corrido entre la multitud del 17 de octubre de 1945 viviendo a Perón. El fortín de la Alianza que había comandado en el barrio de Flores, donde había nacido y crecido, se convirtió en uno de los principales focos de organización juvenil en los últimos años del peronismo. La devoción católica de Carballada no impidió que continuara fiel a Perón en los meses del conflicto final eclosionado en 1954. Luego de cerrado el ciclo de la Revolución Libertadora se vinculó con la corriente sindical católica de la Acción Sindical Argentina, en la que se reencontró con activistas que, como Máspero, habían pasado por la Juventud Peronista pero se habían distanciado del peronismo solidarizándose con la Iglesia. Desde el desplazamiento a la izquierda de la militancia católica, que traccionó a la recién mencionada organización sindical, Carballada acompañó el cambio ideológico —aunque siempre en el peronismo.

Testimonios de quienes lo frecuentaron nos han dicho que años más tarde nunca hizo referencia a su actuación en la primera Juventud Peronista.²⁷ Quizá se preserve la importancia del pasaje por la Juventud Peronista en un breve texto jamás publicado en vida de Carballada, donde resuena una experiencia decisiva. En ese escrito,

²⁵ Jorge Oscar Sulé, «La Resistencia peronista y la globalización», disponible en <http://www.peronvencelatiempo.com.ar/resistencia-1955-1972/la-resistencia-peronista-y-la-globalizacion> (último acceso: 10 de febrero de 2011).

²⁶ Juan Salinas, «Breve historia de Marcelo "el alemán" Gelman, su esposa María Claudia García Iruretagoyena y su agitada época», disponible en línea en <http://carlos-santiago.lacoctelera.net/post/2007/01/01/breve-historia-marcelo-el-aleman-su-esposa> (último acceso: 10 de febrero de 2011).

²⁷ Entrevista con Dante Rubio, Buenos Aires, 23-7-2010.

Carballada destacó que el peronismo fue desde el 45 «insolentemente joven» y subrayó su capacidad cohesiva de las ideologías: «Sin-tetizó categorías del pensamiento forjista, nacionalista, socialista, anarquista y de otras procedencias, no por acrisolar diferentes tendencias, sino por la urgencia de formular una respuesta histórica». La calidad «juvenil» del peronismo sobre la que Carballada insistió quizá no fuera fortuita. Posiblemente anclase en una experiencia primera en la que la identidad juvenil se forjó en el crisol de uno de los segmentos más difíciles de la historia del peronismo. Porque, en efecto, la Juventud Peronista comenzó a expandirse en un tiempo que parecía la consagración de la eternidad: la campaña para cubrir la vicepresidencia vacante en 1954. Sin embargo, seis meses más tarde densos nubarrones se abatirían sobre el paraíso de la felicidad prometido por Juan y Eva Perón. Entre las masas grises del cielo se abrirían paso proyectiles sobre una población indefensa en junio de 1955 y bajo una garúa pertinaz el presidente Perón accedería a abandonar la Argentina el 20 de setiembre.

Las situaciones de clase aquí no deben ser olvidadas. La dirigencia de la Juventud Peronista tuvo una composición de clase media muy marcada, aunque generalmente de sus estratos más modestos. Ese rasgo provenía de las corrientes nacionalistas y en menor medida católicas que confluyeron en su cauce inicial. Los ingresos posteriores de activistas de las clases populares no lograron modificar las características sociales de la Juventud, aunque en el periodo más difícil que siguió al derrocamiento de Perón en 1955 numerosos integrantes de la nueva generación pertenecieron a las clases populares.²⁸

²⁸ Eladio Martínez y Hugo Domé, «Jorge Di Pasquale, Alfredo Carballada, dos hombres», en *InfoSur*, 19-12-2009, disponible en <http://infosur.info/n/jorge-di-pasquale-alfredo.html> (último acceso: 10 de febrero de 2011). Como dijimos, en las décadas siguientes Carballada militó en los sectores de izquierda del peronismo y durante los años ochenta estuvo ligado a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Ver el obituario, «Alfredo Carballada. El último abrazo» (que recoge palabras de Alfredo Bravo), en *Derechos Humanos*, n° 25, diciembre de 1989.

²⁹ La película *Los resistentes*, dirigida en 2009 por Alejandro Fernández Mouján, presenta testimonios de esa hornada juvenil de orígenes populares. La afluencia de una nueva juventud proveniente de la clase obrera entre 1955 y 1960 ha sido confirmada por una conversación del autor con los integrantes de la actual Asociación Civil de la Resistencia Peronista que aceptaron generosamente compartir sus recuerdos en una Unidad Básica de Avellaneda. Estuvieron presentes en esa reunión Manuel F. Gallardo, Juan Bonino, Alberto Horacio Juárez, Natalio Acher, Juan Ramos y Raymond Heredia.

Como vimos, la presencia en la sociedad de una nueva juventud de amplia extracción popular, perceptible en el 17 de octubre de 1945 y luego militante en las Unidades Básicas, fue la novedad principal que dejó planteada la cuestión de su organización. Sin embargo, quienes hasta 1955 estuvieron en los rangos medios y altos de la primera Juventud Peronista no expresaron un origen modesto. El protagonismo plebeyo en la Juventud Peronista —siempre mezclada con un activismo proveniente de sectores medios— se incrementó en las hostiles condiciones del postperonismo. Entonces se produjo una inyección de participación juvenil de origen obrero. La represión generalizada llevada a cabo durante el gobierno de Arturo Frondizi con el Plan Conintes clausuró esa presencia popular en la Juventud Peronista. Por lo tanto podemos concebir el contenido de clase del segmento más activo de la Juventud Peronista como una U: de una composición de clase media durante el primer peronismo se pasó a una difusa participación obrera en el lustro 1955-1960, lo que dio paso a una reimpresión de la hegemonía de sectores medios durante las décadas del sesenta y setenta.

Antes de avanzar es preciso hacer aquí algunas aclaraciones sobre la participación juvenil peronista de inclinaciones nacionalistas en la primera fase de la Resistencia Peronista. En la entrevista que nos concedió, Alfredo Carlino afirmó: «La resistencia fue hecha por los nacionalistas y por los comunistas que se habían integrado al peronismo en el 45, todos los dirigentes del grupo Puiggrós, que era muy numeroso». La frase merecería varios ajustes. Pero lo sugerente reside en que cimenta una conjetura sobre los meses iniciales de la resistencia clandestina.

La intervención de jóvenes peronistas influidos por el nacionalismo en modo alguno se restringió a la perseverancia de integrantes de la Juventud Peronista anterior al 16 de setiembre. Además de la lección de jóvenes de ambos sexos que comenzaron a buscar, primero a ciegas y pronto en múltiples organismos informales, una adscripción reivindicadora de Perón, se produjo una politización de las asociaciones juveniles en apariencia no políticas del periodo precedente. O más exactamente, de quienes adquirieron una identidad peronista a la vera de dichas asociaciones y luego se comprometieron con la Resistencia. Así sucedió con Marta Curone, quien se vinculó con la Juventud Peronista cercana a Cooke desde antes de la caída de Perón y siguió trabajando en la clandestinidad. De la experiencia en la UES, aunque abjurando de la misma, surgieron otros militantes como Alberto Brito Lima, Jorge Rulli y Norma Kennedy. A esto hay que añadir

casos como los de la Juventud Ferroviaria Peronista mendocina, con una importante localización en Palmira, que continuó actuando en la Resistencia.³⁰ Y también el ensayo de conformación de una sucesora de la CGU, el Comando Nacional de la Juventud Universitaria Peronista, ampliamente hegemonizada por activistas de orientaciones peronistas-nacionalistas. En noviembre ese Comando con fuerte presencia de estudiantes de Derecho, publicó un manifiesto convocando a los universitarios a rechazar lo que calificaron como un regreso a la situación anterior a 1945.³¹

Esta militancia vacilante y en crecimiento desplegó el repertorio de volantes, pintadas, rumores, discusiones públicas, y sobre todo mantuvo contactos entre sus activistas en constante necesidad de reconstruir los lazos cuestionados por la represión militar y policial.³² La sociedad política peronista había sido conmovida y fragmentada. Ante la impotencia del peronismo partidario, en su lenta reconstrucción residió el suelo donde floreció la sobrevida del movimiento popular que sus enemigos creían definitivamente destruido.

La reorganización de la Juventud Peronista se vio impulsada por la caída del sector católico-nacionalista de Lonardi en el gobierno de la Revolución Libertadora. Hasta entonces la política de «ni vencedores ni vencidos» y la participación de nacionalistas en el plan del gubernamental habían moderado, al menos parcialmente, a las dirigencias juveniles construidas durante la década peronista. Un nombre destacado en el plantel lonardista fue el de Luis Benito Cerutti Costa, intelectual católico habitué del local de la calle Charcas hasta el conflicto del peronismo con el catolicismo. Fue nombrado ministro de Trabajo en el gobierno provisional de setiembre. Cerutti Costa intentó mantener una estrategia de conciliación con la CGT, fracasada por los enfrentamientos que atestaron al movimien-

³⁰ Conversación telefónica del autor con Lucio Castillo (n. 1932), actualmente en Puerto Madryn, 14 de noviembre de 2010. Otros nombres de la Juventud Ferroviaria Peronista: Carlos Valenzuela, Lorenzo Pepe, Orlando Britos, Florentino Cortés. Para más detalles de la experiencia de Castillo en su primera juventud, ver las referencias contenidas en Javier Prado, *Aquí están, estos son, los muchachos de Perón. El peronismo y su memoria*, Trelew, edición del autor, 2007.

³¹ «Retorna la universidad repudiada en 1945 por el pueblo argentino», en *El 45*, año 1, n.º 1.

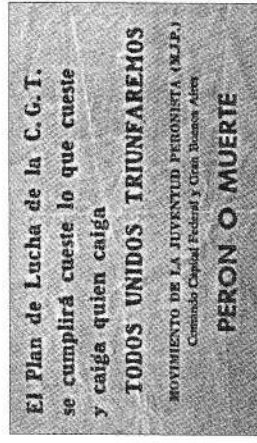
³² Laura Ehrlich, «Modelos de acción, tópicos y arquetipos en la práctica combativa de los jóvenes peronistas, 1958-1962», en *Segundo Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943-1976)*, Universidad Nacional de Tres de Febrero-Red de Estudios sobre el Peronismo, noviembre de 2010.

to obrero y la persistencia de la inquietud de la clase trabajadora ante el gobierno militar.³³

Desplazados los nacionalistas por los liberales gracias al golpe palaciego del general Pedro Aramburu en noviembre de 1955, la Juventud Peronista reagrupó con decisión a los ya embarcados en la intransigencia y a quienes hasta entonces se habían mantenido expectantes. Aparecieron en todo el país grupúsculos que defendieron la memoria de Perón con pintadas callejeras y modestos volantes. Su núcleo más coherente se conformó entre noviembre y diciembre de 1955 en la ciudad de Buenos Aires y el conurbano. Una mesa de la Juventud hegemonizada por Rodolfo Traversi llamó a adherir a la huelga general decidida por la CGT apenas caído Lonardi y realizó el *Primer Congreso de la Juventud* en la clandestinidad el 18 de diciembre. El discurso de los volantes preparados en esas semanas se identificó con las instituciones del orden peronista derrocado: el Partido Peronista y la CGT. El sector proclamó estar dispuesto a «luchar hasta la muerte» por el regreso de Perón. Convocó a la «resistencia» contra los «asesinos, oligarcas y traidores» que usurpaban el gobierno. Se había producido una novedad en la denominación: en el documento se emplazó como *Juventud del Partido Peronista*. El cambio es destacable porque, anticipando actitudes luego consideradas exclusivas de las posteriores Juventudes Peronistas, la que Traversi aspiró a encabezar se postuló como fuerza principal en la lucha contra el antiperonismo. Trazó una frase en la que se filió en el inicio del peronismo y de allí afirmó el crédito de su perenne fidelidad: «Fuimos la avanzada en el 45, y seguimos con el mismo entusiasmo de aquella hora, para retomar el frente de la primera línea de combate, allí donde los hombres que aman a la *Patria* y al *Pueblo* deciden su destino».³⁴

³³ Cerrutti Costa pasó en su vida política del nacionalismo católico con afinidades peronistas, cercano al estilo ideológico de la primera Juventud Peronista, al antiperonismo de 1954-1955 y luego a la izquierda marxista. Durante los primeros años setenta dirigió el periódico *El Mundo*, órgano del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Cerrutti Costa falleció en 1977, exiliado en España.

³⁴ Rodolfo Traversi, *Mensaje de la Juventud Peronista al Pueblo de la Patria*, volante.



Volantes de la Juventud Peronista tras el derrocamiento de setiembre de 1955.

Como fuera, la acción juvenil en la Resistencia nunca logró mover la parafernalia militar y policial puesta al servicio del nuevo orden. Esto no la disminuye en su lucha contra un aparato poderoso; solo ajusta su dimensión. En tal contexto, las aparentes peculiaridades de la Juventud Peronista en prematura crisis dentro del marco adverso de la Libertadora expusieron tanto su precariedad organizativa como la perseverancia de su identificación ideológica anterior a setiembre de 1955.

La Juventud Peronista estuvo condicionada por su nacimiento en una era del peronismo en la que su hegemonía parecía inexpugnable. Perón dijo en julio de 1955 que la «revolución» había concluido; la tarea consistía en consolidar lo obtenido. El peronismo se preparaba para perdurar. Su «Nueva Argentina» se quería un más justo orden establecido. Por eso hubo en su génesis una inclinación a ampararse ante las autoridades partidarias, para la consolidación de una realidad indiscutible. Como la CGT y las dos estructuras del Partido Peronista, la bisoña Juventud pareció adormecerse en los laureles de una fuerza popular incrustada en el Estado. La violencia inusitada de la oposición, propiciadora de golpes militares ante la evidente incapacidad para derrotar electoralmente al peronismo, no estaba en los planes de quienes lanzaron el objetivo de construir la Juventud Peronista. Pero

como vimos, desde setiembre la Juventud Peronista no se disolvió sin entereza. Fue incapaz de ser la «punta de lanza» que había proclamado seis meses antes, pero disponemos de algunas huellas, todavía preliminares, de su actuación en circunstancias difíciles.

El exilio de Perón desde 1955 dejó abierto el camino tanto para la construcción lenta y dolorosa de una nueva e independiente Juventud Peronista, dispuesta a reclamar enfáticamente una transmisión generacional. Una década más tarde eso comenzaría a denominarse trasvasamiento. Nos interesa subrayar aquí que autonomía relativa y relevo generacional constituyeron un mismo asunto, tanto para nosotros como para después de 1955. Y así como, con excepciones, los inseguros jóvenes del segmento 1946-1955 se mantuvieron dentro de los lindes del ordenamiento institucional justicialista, los emergentes desde 1955 estuvieron inclinados a afirmar su propio poder y su derecho a imprimir al peronismo un sentido nuevo, más combativo y revolucionario.

* * *

Luego de haber desarrollado el argumento principal de este libro, aunque faltara todavía un largo esfuerzo para establecer su redacción final, pudimos conversar con Jorge Rulli. Este viejo luchador, joven de siempre, accedió a compartir un café en un bar situado en la esquina de la avenida Rivadavia y la calle Riobamba. Cuando nos encontramos, un sol radiante repercutía sobre la cúpula del edificio del Congreso de la Nación y lanzaba destellos cetrinos sobre las ventanas del bar en que nos citamos.

Habíamos conocido fugazmente a Rulli unos años antes, en un congreso platense sobre ciencia y capitalismo. Pero era, sobre todo para él, como si nos viéramos por primera vez. Sin duda nos había olvidado. En cambio, nos acordábamos muy bien de él. No tanto por la coincidencia en un panel organizado por las juventudes universitarias, sino por las películas y documentales en las que testimonió sobre una época de la historia nacional y de la trayectoria de su generación. Cuando me preparaba al diálogo, nos fascinaba la infatigable constancia de Rulli para conversar sobre el pasado lejano, pero siempre con un dejo en la voz que traccionaba los recuerdos hacia las tareas políticas del presente.

Le planteamos nuestra interpretación con la mayor concisión posible. No deseábamos suscitar una tensión abierta debido a la divergencia de lo que habíamos descubierto con lo que él y su generación

habían labrado y reproducido durante décadas. Le preguntamos por Traversi, Carballeda y De Morra, a quienes había conocido después de setiembre de 1955. Nos describió así el vínculo de su generación con los un poco menos jóvenes, pero prematuramente envejecidos, miembros de la Juventud Peronista anterior: «A todos los conocí. Creo recordar que no teníamos una buena opinión sobre ellos. Pero era más por una actitud sectaria de parte nuestra, de jóvenes muy seguros de nosotros mismos. De alguna manera a todos los anteriores les adjudicábamos parte de la derrota».³⁵ Los jóvenes que los precedieron eran para los nuevos activistas un fragmento de una totalidad que comprendía al conjunto de la dirigencia peronista desacreditada, de la que solo salían indemnes Perón, Cooke, y otros pocos. Rulli vio en esa negación de legitimidad, y en la inclusión de los jóvenes, un sectarismo que aquí hemos intentado pensar como una divergencia generacional. Lo evidente es que la diferencia llegaba a la zumbra, al desprecio por la desconexión que, según los bisoños jóvenes peronistas, los dirigentes «viejos» parecían mostrar hacia las circunstancias brutales de la dictadura.

Rulli recordó esa actitud, presente en el momento en que conoció a Rodolfo Traversi. En 1957 se había convocado una reunión de los jóvenes en la resistencia, en una casa del sector de Cooke, cerca de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires. El lugar estaba deshabitado, sin muebles ni iluminación, por lo que los asistentes, que llegaban a doscientos, tuvieron que sentarse en el piso. Traversi, «uno de los que manejaba la cosa», se subió a la única mesa disponible y reclamando su autoridad comenzó a dirigirse al resto de los jóvenes. El recuerdo de Rulli se tiñó entonces de una sorna respecto de la cual compuso una distancia actual: «Con Traversi era un poco motivo de burla porque vimos algunos volantes que él firmaba con su nombre y apellido. Y nos parecía absolutamente ridículo porque nosotros nacíamos en la clandestinidad. Entonces nos manejábamos siempre clandestinamente. Por eso que alguien firmara con su nombre nos parecía una insensatez, que ahora mismo yo no sabría medir de igual manera. Pero recuerdo que aquel entonces nos provocaba carcajadas».

Para los nuevos militantes, Traversi giraba sobre un eje falso. Nos dijo Rulli: «Sus ideas y sus manifestaciones quedaban un poco fuera de lugar en el mundo en que nos movíamos». Hablaba mucho de la

³⁵ Entrevista con el autor, Buenos Aires, 10-8-2010. Las citas textuales siguientes fueron extraídas de esta entrevista.

«resistencia». Como había distintos niveles de experiencia política, un joven preguntó al orador qué era la resistencia.³⁶ Traversi titubeó. No encontraba las palabras adecuadas, y dijo, «la resistencia es, por ejemplo, irse a dormir y dejar las canillas abiertas». Los nuevos jóvenes estaban, añadió Rulli, «en otra cosa», refiriendo a la lucha callejera (aunque en otro pasaje de sus recuerdos admitió que la resistencia también para él incluía actos como inutilizar cuanto teléfono público estuviera al alcance del cortaplumas que llevaba consigo).

Los líderes anteriores eran «más políticos», habituados a la «politiquería», mientras que sus compañeros más jóvenes eran «militantes callejeros» armados de cachiporras, cuchillos y a veces armas de fuego. El mismo protagonista mencionó otros actores de aquella juventud más «politiquera» orientada por Manuel Buzeta, a la que reprocharon la incapacidad de embarcarse en «tareas concretas».³⁷

De todas maneras, en nuestra conversación Rulli destacó que los Traversi eran honestos. Alberto De Morra, cuya capacidad reconoció, fue calificado como más inclinado a la «politiquería», por intentar liderar algo «que no le respondía». Carballeda, de buenos vínculos con Gustavo Rearte fue, siempre según Rulli, el que mejor actuó en el «traspaso de experiencia» entre los dos momentos de la Juventud Peronista. Mas tampoco este alcanzó a tender un puente con el pasado desacreditado.

Como Vigo, vimos que Rulli recordó el estupor ocasionado por la práctica del grupo de Traversi de firmar con su apellido los volantes de la Juventud Peronista. El gesto fue interpretado como «una soberbia», como «un personalismo que nos disgustaba».³⁸ Pero esto puede ser pensado como algo más. Traversi anheló convalidar un capital político que creyó acumulado por la primera Juventud Peronista. Con eso pretendió unificar la diversidad de núcleos desperdigados. Él había convocado a la reunión de las juventudes peronistas y fue el principal orador. Quiso prolongar en una nueva época la construcción de una organización juvenil, ahora comprometida con la intransigencia ante el antiperonismo. El apellido «Traversi» en los volantes pudo delatar soberbia o torpeza,

³⁶ En la entrevista de Marta Cichero el joven de la pregunta es el propio Rulli. M. Cichero, *Cartas peligrosas de Perón*, ob. cit., p. 247.

³⁷ Testimonio recogido en Julio Melon Pirro, «La resistencia peronista, alcances y significados», en *Anuario IEHS*, nº 8, 1993, p. 228. El itinerario de Buzeta, a quien encontramos en la Liga por los Derechos del Trabajador, en el peronismo lo condujo más tarde a participar en la creación del sector conocido como Guardia de Hierro.

³⁸ *Ibidem*.

pero pudo también haber intentado neutralizar la multiplicación de grupúsculos en competencia y con una enorme capacidad de división interna. Sin embargo, el esfuerzo estaba condenado. El uso del apellido introducía a la «historia» de la Juventud Peronista en un pasado partidario que los más jóvenes querían olvidar, en parte debido a que lo consideraban culpable de inepticia y en parte debido a que ellos venían a construir algo nuevo. El pasado de la Juventud Peronista entrañaba una cuestión de poder, mínimo si se quiere, pero de poder al fin. Su resultado, el aislamiento de Traversi, luego se consolidó en la memoria social de una Juventud Peronista sin antecedentes mencionables.

El 55 fue experimentado como un corte atroz. Los nuevos jóvenes peronistas se consideraron nacidos con los fusilamientos de junio de 1956, cuando fueron asesinados militares y civiles alzados contra la Revolución Libertadora. Sus vínculos fraguaron en la «Marcha de silencio» que, convocada por el periódico *Palabra Argentina*, conmemoró las ejecuciones de 1956. Para entonces el lazo con el pasado estaba simbólicamente destruido. Rulli señaló que sus aprendizajes, además de la enseñanza empírica del combate callejero, se hizo con viejos que proveían de antes del primer peronismo. Este dato es fundamental porque corrobora la anulación de una continuidad con el periodo 1946-1955.

La memoria de Rulli es nítida: «No teníamos contacto con la generación inmediata». La transmisión de saberes fue posible sólo con políticos y escritores de dos generaciones atrás, dijo Rulli, «como si fueran abuelos»: «en general gente que había peleado en las calles cuando la posguerra, el golpe del 43». Como los jóvenes, antes que intelectuales y negociadores, se habían forjado en la pelea callejera. El puente generacional logró impregnar el lugar de memoria fundamental: «en la esquina de Corrientes y Esmeralda éramos o muy jóvenes o gente muy mayor». ¿Quiénes eran esa «gente mayor» que no había sido funcionaria? El entrevistado mencionó a José María «Pepe» Rosa, a cuyos cursos muchos jóvenes asistieron. Tampoco hubo deudas directas con los nacionalistas en la línea de la Alianza, porque cuando se conectaron con este sector, no fue justamente el liderado por Guillermo Patricio Kelly, de actuación menor en el tramo final del primer peronismo. No obstante, no faltaron jóvenes ex aliancistas en las filas de la segunda Juventud Peronista, como José Mario «Tito» Bevilacqua, nacido en 1940 y activista en el Fortín Liniers, fallecido en dudosas circunstancias mientras hacía el servicio militar obligatorio en tiempos de Frondizi.³⁹

³⁹ Ver Pablo José Hernández, *Patriotas y patriadas*, Lomas de Zamora, Boquearón, 2007, cap. 1.



CAPÍTULO 6

Pensar la Juventud Peronista

De todas maneras, debemos dar relieve al olvido activo que operó sobre la propia memoria de la Juventud Peronista posterior a 1955, que en un caso supo valorar la breve trayectoria de un ex activista de la Juventud Peronista. Carlos Alberto «Quito» Burgos había sido un cuadro de la Juventud mendocina y había actuado en la CGU. La revista *Trinchera*, publicación de la Mesa Ejecutiva de la Juventud Peronista formada en 1959, luego de recordar su pasado hasta setiembre de 1955, lo presentó como un «ejemplo y línea de conducta». Burgos había sido duramente castigado por los comandos civiles y condenado a prisión por «terrorismo». ⁴⁰ Sin embargo, la historia de Burgos no alcanzó a neutralizar la condena a los «politiqueros» de la primera Juventud Peronista.

Para los mayores había un sentimiento de traición. Teisaire y Di Pietro fueron los ejemplos mayores del «panquequismo», pero los sectores de edades intermedias o todavía jóvenes quedaron inscriptos en ese conjunto. Fue una experiencia de vida, admitió Rulli, «quizá injusta». Entre la Juventud Peronista cuyos integrantes habían nacido aproximadamente entre 1925 y 1935 y los que vinieron al mundo en los dos lustros posteriores, se cavó una fosa abisal de la memoria social. No hay que extraer consecuencias formidables de eso. Porque injusta es toda remembranza en nuestro mundo imperfecto.

La acumulación de nuevas camadas de adhesiones peronistas y el crecimiento de los «únicos privilegiados» hizo que en los últimos tramos de la década peronista aparecieran presiones internas para la constitución de un nuevo sector político. No obstante, el lugar de la juventud en la sociología peronista y en la estructura institucional del movimiento liderado por Perón fue una incógnita. El Partido Peronista se demoró en asumir la novedad, y sólo tardamente sus élites afinaron en organizar a la juventud en busca de un lugar. Hemos comenzado el capítulo 4 de este libro afirmando que la Juventud Peronista como fuerza de alcance nacional fue un hecho tardío del primer peronismo. No obstante ello, puede decirse también que fue una decisión prematura lanzar su construcción política a lo largo del país.¹

El peronismo, como ideología y como organización partidaria, parecía no estar preparado para incorporar un movimiento juvenil, o solo podía hacerlo en un molde restringido, utilitario para las élites constituidas. ¿Qué hacer con una juventud tan variada y multifacética? La Juventud Peronista tuvo afluentes de la más diversa laya: laborista, radical yrigoyenista, nacionalista, católica, en cada caso aquilataada por las peculiares circunstancias de sus variadas implantaciones locales. ¿Cómo integrar sus anclajes en la sociedad política? Las or-

¹ El factor temporal, sobre el que volveremos, destaca la impropiedad de cualquier similitud con otras experiencias de mayor duración, como la del sector juvenil en el Partido Nacional Fascista o la Juventud Hitleriana. Incluso los contrastes son marcados con la juventud falangista española. Arno Klönne, *Jugend im Dritten Reich. Die Hitler-Jugend und ihre Gegner*, Düsseldorf, Diederichs, 1982, pp. 105-142; Emilio Gentile, *La vía italiana al totalitarismo. Partido y estado en el régimen fascista*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2005, pp. 347-363.

⁴⁰ «Cuyano y... ¡Peronista!», en *Trinchera de la Juventud Peronista*, año 1, n° 3, 1960. Tras una extensa carrera política en la izquierda peronista, Burgos se unió al Movimiento Todos por la Patria (MTP), en el que dirigió la publicación *Entre Todos*. Participó en el asalto del MTP al régimen de La Tablada, el 23 de enero de 1989. Según algunas referencias fue capturado vivo aunque luego se informó —dudosamente— que fue muerto en combate.

ganizaciones juveniles cultivaron una fuerte impregnación asociativa y cultural, imprevista que jamás abandonaron, incluso cuando la vertiente más propiamente política y combativa avanzó en sus prácticas.

La formación de la Juventud Peronista fue un proceso molecular y contradictorio que se fue desplegando en el seno del movimiento peronista. Solo una visión que cristalice la historia y la inicie en las órdenes partidarias para constituir Comandos de la Juventud Peronista desde 1951 puede afirmar que se trató de un proceso meramente institucional y desde arriba. Aunque, no sin razón, las nuevas hornadas de jóvenes peronistas acusaron en el Partido Peronista vigente hasta 1955 un proceso de «burocratización» que imposibilitó enfrentar adecuadamente los previsibles ataques de la oposición civil y militar, se abstuvieron de destacar que la emergencia de la Juventud Peronista en el armazón institucional del peronismo toleró esa novedad a condición de avasallarla.

Sobrevive todavía una imagen del peronismo, y especialmente del Partido Peronista, como un cuerpo monolítico y vertical. Esto sería válido sobre todo para el período 1951-1955. Desde la decisión de Perón descendería a plomo un acéitado sistema de órdenes que matarían cualquier disenso. La doctrina sería la expresión teórica de un edificio ajustado en todas sus clavijas y sometido a la voluntad de Perón. Se trata de una representación inverosímil que investigaciones recientes han cuestionado. No solo por la enorme extensión del Partido Peronista, por las innumerables situaciones que enfrentó su construcción y por las pujas internas que malograron la vocación peroniana de un orden de tipo militar.

Quizá sea más adecuado pensar que las matrices castrenses que pretendían subordinar los distintos comandos tácticos al Consejo Superior, con su red de controles y expulsiones periódicas, constituían esfuerzos denodados por estructurar una organización política inmanejable y parasitada por conflictos insolubles. El resultado fue un partido sometido a intervenciones y reorganizaciones periódicas, a reafiliaciones y balances reiterados. El Partido Peronista exigía arreglos que aspiraron a definir de una vez por todas las relaciones de poder internas. No obstante, el crecimiento del partido (en particular en su variante masculina) y la competencia interna por el poder mandaron medidas disciplinarias frecuentes. El efecto fue una historia convulsionada que afectó a todos sus niveles. Y la Juventud Peronista fue una beneficiaria, pero más frecuentemente una víctima, de la permanente reestructuración y saneamiento de la institucionalidad partidaria.

Los rangos más elevados de la Juventud Peronista estuvieron condicionados por una dependencia material con el Estado y la sociedad política. En este punto el mito tradicional de la Juventud Peronista involucró una pizca de verdad: los presuntos antecesores habían sido jóvenes «a sueldo» de la burocracia partidaria. Y si bien una generalización tal sería falsa (los cargos favorecieron a una ínfima minoría), captaba aspectos de una realidad palpable. No es sorprendente que la figuración en el organismo juvenil abriera puertas en el aparato de cargos y comisiones del Estado, del Partido Peronista y del asociacionismo hegemónico por el justicialismo. O por el contrario, que jóvenes adscriptos a los rangos burocráticos fueran estimulados a actuar en la Juventud Peronista. La plana mayor, si así puede ser llamada, de la Juventud también ingresó en esa lógica de financiamiento que en modo alguno fue una singularidad peronista. Los efectos de la subordinación salarial a cargos decididos políticamente fueron contradictorios. Facilitaron el activismo y lo sometieron a fidelidades que coartaron la vocación de un desarrollo pleno.

La consolidación de la Juventud Peronista tuvo que enfrentar otro obstáculo en la representación de lo juvenil como etapa subjetiva y social. No era todavía obvio pensar que la juventud fuera más que un período transitorio, relativamente breve, en el paso a una fase vital verdaderamente consistente como la adultez. La militancia de jóvenes de clase media fue hasta 1955 un elemento decisivo en la construcción de la Juventud Peronista. Pero expresó una novedad social mayor, respondió a una demanda social de representación política de la juventud. Pues bien, tal sujeto debía transitar un largo trecho para ser reconocido como *políticamente* singular en el seno del movimiento peronista. Su primera expresión tuvo lugar bajo la figura de los ateneos juveniles, sin una clara inscripción en el sistema partidario. El lapso recorrido hasta 1955 fue insuficiente para estimular la maduración requerida hasta la definición de una fuerza estratégica juvenil.

La deuda histórica de la Juventud Peronista con la Revolución Libertadora fue entonces paradójica. Desde un punto de vista, significó la clausura de su etapa fundacional. Si habría una juventud del peronismo, dada la transformación radical de las circunstancias políticas, su carácter sería muy diferente. El golpe de Estado cívico-militar de 1955 tronchó de raíz el proceso, complejo pero dúctil, que se venía desarrollando en los últimos diez años.

La endeble estructuración de la Juventud Peronista se disolvió junto al igualmente frágil maderamen institucional del Partido Peronista. Es imposible calibrar cuánto del olvido de la Juventud Peronista se ex-

lista. Para hacerlo era inevitable colisionar con los sectores ya establecidos, y en última instancia con Perón. Cuestionar al líder o a lo que aparecía como un producto suyo y exclusivo, el Partido Peronista, aunque fuera para reclamar un mayor espacio *dentro* el peronismo, era inconcebible.

El recambio generacional en el peronismo no estaba habilitado ni alcanzaba posibilidades de verificación más allá de los discursos de Perón, Aloé y otros dirigentes provinciales. El momento crucial del parricidio simbólico exigido por la búsqueda de legitimidad para una nueva generación —esto vale tanto para las generaciones intelectuales como para las políticas— era históricamente imposible.

Hemos insistido en el interés de la segunda Juventud Peronista en desligarse de las cadenas, consideradas fosilizadas, que atascaban la etapa contradictoria del primer peronismo. El suyo había sido un nacimiento difícil y legitimaba sus credenciales combativas, incompatibles con las molices del amparo estatal que habría reblandido las fuerzas del movimiento popular después de la muerte de Eva Perón.

Los umbrales de autonomía relativa de la primera Juventud Peronista fueron extremadamente bajos. Para emplear un contraste de la época, sería impensable que la Juventud Peronista pudiera situarse en una posición similar a la defendida por la Juventud de la Unión Cívica Radical que en 1955 exigió la separación de la dirigencia intransigente y demandó una reorganización partidaria, o los debates en el seno de la juventud del Partido Socialista alrededor del anti-peronismo cerril de sus cuadros mayores. Ambos partidos estaban fracturados y disponían de rangos juveniles de larga data, que o bien estuvieron muy activos (como los radicales) o bien retomaron la actividad tras el derrocamiento de Perón (como los socialistas).³

El primer peronismo, a su modo, tuvo una Juventud Peronista. De allí que en el momento de formación de una segunda Juventud Peronista a nivel nacional, en 1962, Perón desde el exilio no hablara de una «organización» desde la nada, sino más bien de una reorganización, que no aludía al intento de 1959 pues este no había logrado verdaderamente institucionalizarla. Reclamando su precedencia en la enunciación de la tarea juvenil en el movimiento popular, Perón desató que «ya en 1951» había asegurado desde los balcones de la Casa Rosada que la Juventud Peronista «debía tomar las banderas y condu-

³ «Condena al bloque intransigente un organismo radical», en *La Prensa*, 30-5-1955; «Anuncia la juventud socialista su retorno a la lucha ciudadana», en *El Día*, 29-9-1955.

plica por la obra destructora de la dictadura militar entonces impuesta. Y sin embargo, los meses aciagos del golpe de Estado impusieron un desafío que en el mediano plazo forjó una nueva era de la Juventud Peronista, que en la distancia del líder exiliado y ante la zozobra de las autoridades partidarias locales, pudo reclamar un puesto singular en la lucha por el retorno de Perón.

Lo cierto es que cuando se inició el proceso de acumulación de activistas peronistas juveniles, desde fines de 1955, el legado de la Juventud Peronista era aparentemente nulo, pues ya no existía su instrumento institucional: el Movimiento de la Juventud Peronista. El Congreso clandestino organizado por Traversi en diciembre no suscitó una importante adhesión. Por lo tanto, lo que en el comienzo de este trabajo hemos denominado la edificación mítica de un nacimiento absoluto de la Juventud Peronista después de 1955 no fue meramente el efecto de la parición retórica de toda creación política. Obedeció también a la historia política y al aniquilamiento del peronismo político hasta entonces existente.

La Juventud Peronista luego constituida fue muy diferente a la observable hasta el derrocamiento de setiembre de 1955, sus condiciones formativas fueron distintas y los enemigos que tuvo que enfrentar fueron otros.

La Juventud del peronismo proscrito se erigió en la primera y fundacional Juventud Peronista, olvidando a su predecesora como una entelequia irrelevante maquinada por Teisairé. Esta no habría sido sino un sello burocrático. Pero en términos cuantitativos, probablemente hasta la eclosión de fines de la década de 1960, la Juventud Peronista que hemos investigado fue más numerosa que los grupúsculos más o menos inestables y diseminados que constituyeron la Juventud Peronista de la mitología elaborada por sus propios participantes. Esto no debe hacer olvidar, sin embargo, las fronteras relativamente estrechas del movimiento juvenil del período aquí estudiado, pues en toda su extensión apenas podía competir con una Juventud Radical que sólo en la provincia de Córdoba contaba en 1951 con veinte mil afiliados.²

De acuerdo con nuestros argumentos, el retén que contuvo a la Juventud para crecer fue político e ideológico, pues los jóvenes peronistas solo podían lanzarse a la construcción organizativa de alguna importancia política mayor cuando se decidieran a reclamar una cuota de poder, y por lo tanto, a demandar una reorganización de la distribución de posiciones dentro de la cartografía política justicialista.

² «La Juventud Radical elige hoy sus autoridades», en *Los Principios*, 18-2-1951.

ciñas al triunfo final».⁴ Al aludir a la reorganización, Perón quiso imprimirle su sello fundador de la Juventud Peronista. Por lo que hemos visto, esa pretensión tenía una justificación, aunque su fragilidad era evidente pues ninguno de los dirigentes juveniles del período 1951-1955 podría haber obtenido reconocimiento de los aún más jóvenes activistas del período posterior.

Así las cosas, el líder en el exilio reclamó la propiedad de la novedad organizativa en ciernes. La reconstrucción histórica aquí realizada permite notar que Perón forzaba su clarividencia de 1951. La juventud que mentaba entonces no era la que se consolidaba en los primeros años sesenta, ni estaba del todo dispuesto que fuera esta la que condujera al triunfo final. Nacida de nuevo bajo la lluvia inicialmente de la dictadura y la proscripción, influida por las nuevas borrascas revolucionarias en América Latina, la nueva Juventud Peronista había iniciado una deriva que la llevaría con caminos insospechados que el propio líder, aún no lo sabía, desautorizaría. Una de las afirmaciones centrales de nuestra argumentación sobre el carácter mítico que hasta hoy prevaleció en las historias de la segunda Juventud Peronista fue que la estructura narrativa sintetizable en la fórmula «Corrientes y Esmeralda» negaba una Juventud anterior y deslegitimaba juventudes alternativas.

Ahora es tiempo de destacar que esa victoria de la memoria social de la Juventud Peronista por parte de algunos sectores en el peronismo juvenil fue todo menos caprichosa. Las fuerzas que tendían a favorecer a variantes transigentes o de derecha, es decir, la asociación con los sindicatos negociadores y con las nuevas estructuras políticas justicialistas o neoperonistas, eran demasiado frágiles como para contrarrestar un movimiento social complejo que operaba en una crisis orgánica. Esa crisis, coagulante de desbarajustes económicos, políticos y de relaciones entre las clases sociales, tenía otros condimentos, donde los géneros y sexualidades, las edades y las ideologías, jugaban un rol fundamental.

Dentro de esa crisis orgánica, tamizada por regímenes militares incompetentes y pseudodemocracias infra-republicanas, el verticalismo y la conservación constituyeron una oferta poco atractiva. Por el contrario, la radicalización y la intransigencia, pronto devenidas en acompañantes de lo revolucionario, hicieron mejor sistema con una

⁴ Juan D. Perón, «A la Comisión Reorganizadora de la Juventud Peronista» (1962), en Roberto Baschetti, comp., *Documentos de la resistencia peronista*, ob. cit., p. 241.

juventud masivamente ingresada al juego social en un escenario que no podía contenerla. El pasaje a la izquierda, tanto dentro como fuera del peronismo, debía prevalecer.

Nada de esto fue válido para el período 1945-1955, y es perfectamente comprensible que la Juventud originaria del peronismo estuviera alejada de las perspectivas dominantes algunos lustros más tarde.

La primera Juventud Peronista estaba desfasada de su propia conciencia política. Es que el *tempo* de desarrollo de la Juventud Peronista estuvo desencajado respecto de una velocidad política peronista que aspiraba a estabilizarse en la adiposa quietud de la «comunidad organizada». Pero la sociedad se modificaba y sometía al peronismo a una presión que si bien era menos evidente, tenía una potencia todavía mayor a la oposición golpista que conspiraba en 1955. Mientras el Partido Peronista se burocratizaba, grandes contingentes juveniles aparecían en la escena pública y cultural, planteando la necesidad —sin embargo impronunciable— de una recomposición en la distribución del poder.

Tres divergencias en el cambio social y cultural atenuaron el esquema político que hacia 1950 Perón creía haber logrado armar luego de numerosos ensayos.

En primer término, se había alterado la relación entre infancia y juventud. Lo que hasta hacía poco podía ser concebido como una continuidad ahora se experimentaba como una ruptura. La juventud era una etapa extensa de la vida y exigía contenciones. El peronismo quiso modularlas en el cómodo expediente del deporte. Cuando artilugó la Juventud Peronista trató de domesticarla en la continuación de las actividades de la UES y la CGU. El conflicto político destruyó esa manera de sofrenar a los jóvenes en la misma lógica que se creía suficiente para integrar a la infancia.

En segundo término, la llamada «organización del pueblo» en un esquema corporativo donde la CGT, la CGU, la UES, la Confederación General Económica y la Confederación General de Profesionales, totalizaban armoniosamente a la población, estaba mal adaptada para la emergencia juvenil con tensiones hacia la política. Con la juventud, y no solo con la de adhesión peronista, eso marcaba el clima de la hora y lo haría cada vez con más fuerza. La esperanza de Perón para construir una Argentina sin política porque toda ella estaría encuadrada bajo una doctrina nacional y una estructura corporativa, colisionaba con la sociedad argentina real. La juventud, y en su seno la propia Juventud Peronista en construcción, era eso

real que escapaba a las mallas imaginarias de la paz definitiva soñada por Perón.

Finalmente, había una ya mencionada asincronía entre la definición de los cuerpos orgánicos del Partido Peronista y la expresión institucional de la Juventud Peronista, que tarde o temprano debía poner en crisis una estructura partidaria que la relegaba a tareas secundarias. Eso se haría evidente cuando los enfrentamientos de 1955 encontrasen a un Partido osificado y complacido en su capacidad de perpetuarse en el poder gracias al predominio electoral. Cuando se hiciera necesaria otra lógica política, de lucha y movilización, la Juventud comenzaría a desplegar activismos que no alcanzarían a torcer el rumbo del derrocamiento del gobierno. Lo cierto es que el lugar subordinado asignado a la Juventud tal como fue imaginada por las viejas cohortes peronistas debía ser revisado, y ese legado se definiría en la época de la persecución y la clandestinidad.

La escasa flexibilidad de la dirigencia peronista para asignarle posibilidades de acumulación de poder a la primera Juventud Peronista conspiró contra su consolidación y crecimiento. Había un límite interno en el modo de construirla, que jamás fue comprendido del todo por las élites peronistas. La Juventud fue incitada a organizarse como fuerza de trabajo manual y propagandístico en directa dependencia de sus mayores, sin facultades de definición política ni aspiraciones a expandirse en el peronismo y en la sociedad. La restricción de su alcance a faenas de tipo cultural y deportivo, o el llamado circunstancial para apoyar a Perón y al Partido Peronista, fueron incentivos débiles para motivar una militancia vigorosa y con ambiciones. Los reducidos beneficios *políticos* del activismo en la Juventud menoscabaron la definición de proyectos individuales y colectivos que condujeran a una proyección de mediana duración, necesaria para constituir un organismo de poder significativo.

La permanencia en la Juventud Peronista proveyó pocos incentivos políticos o imaginarios para la tantas veces mentada «nueva generación». Sus incumbencias fueron subalternizadas y escasamente reconocidas. En sus rangos dirigentes la dependencia de otras implantaciones laborales en la sociedad política peronista desestimuló una dedicación de tiempo completo a la Juventud y a la búsqueda de mayores cuotas de capacidad decisoria. La inserción en la Juventud Peronista no constituyó un título de algún valor para el reconocimiento político. Eso explica que después de 1955 solo raramente alguien haya apelado a su itinerario en la entidad juvenil para reclamar consideración o un pasado reivindicable.

El pasaje por la Juventud Peronista permaneció en un terreno indefinido entre el encuadramiento organizativo con tensión hacia la coagulación de una política propia y la simple etapa de preparación para la participación real en el movimiento peronista que consistía en la actuación partidaria en sentido pleno. Pertenecer a la Juventud era en buena medida un problema para quienes deseaban desplegar un proyecto político. La opresión que ejercía el Partido sobre la Juventud hacía que la construcción de un dispositivo institucional perdurable careciera de interés. Puesto que en términos formales la Juventud se ajustaba mal al sistema de premios y castigos partidarios, la permanencia entre sus filas demoraba la asunción de responsabilidades de valía. Era impensable que tales condiciones generaran los procesos de construcción identitaria tan habitual en los lustros posteriores, en los que haber sido parte de la Juventud Peronista se acumulaba como un antecedente prestigioso y era el núcleo alrededor del cual se constituía el imaginario del activismo en el peronismo perseguido.

Visto retrospectivamente, lo que sorprende de la primera Juventud Peronista no fue su reducida autonomía e importancia política, sino la extensión que pudo lograr en un contexto tan poco auspicioso.

La fractura histórica de 1955 ha conducido a valorar equivocadamente algunos puentes que comunicaron el primer peronismo con el periodo posterior. En nuestro tema, la existencia de una Juventud Peronista constituyó una de las condiciones de emergencia de las formaciones que luego reclamaron su nacimiento espontáneo bajo la tormenta «libertadora». Los cuatro años de organización que atravesó la primera Juventud Peronista legó grupos y nociones para los tiempos venideros. Tales legados debían ser reinterpretados y nuevamente significados en circunstancias muy transformadas, pero sus huellas pueden ser rastreadas. El nombre de los «comandos» juveniles se inscribía en el lenguaje de Perón en el exilio, pero también era referenciable con los comandos que identificaron las estructuras de propaganda y proselitismo del periodo 1951-1955.

Una comparación del surgimiento de la Juventud Peronista con otras fracturas juveniles nos ayudará a comprender lo que estaba comenzando a ocurrir durante el primer peronismo y luego eclosionará. Porque la inquietud juvenil en modo alguno fue exclusiva del justicialismo, ni comenzó en 1955. Las juventudes socialistas, radicales, comunistas y católicas se escindieron de sus organizaciones madres durante los tres lustros siguientes. Hasta entonces las escisiones juveniles fueron raras. No es sorprendente que tampoco pensarán plantearlas las peronistas. Pero esa imposibilidad contrasta con la enor-

me matriz discursiva peronista que insistió en el surgimiento de una «nueva generación» propia de la «Nueva Argentina».

La consistencia histórica de la primera Juventud Peronista remite, sin embargo, a la cuestión de qué tipo de generación podía amparar su proyección colectiva. La pregunta es la siguiente: ¿Por qué no hubo una Juventud Peronista que perteneciera en pleno derecho *político* al primer peronismo? Nuestra hipótesis es que la primacía de la lealtad oprimió a una camada juvenil que se sostuvo más en la atribución de una tarea por el Partido y por Perón que en la asunción de un proyecto propio. No era imprescindible que ese proyecto fuera antagónico con las fuerzas peronistas existentes. Pero sí era necesario que pudiera fundar una identidad generacional.

Cuando se habla de generaciones, el concepto suscita entendibles suspicacias. Se objeta que no todas las personas jóvenes piensan igual, que hay jóvenes en todas las veredas políticas y en modo alguno es unánime la vocación transformadora. No obstante, el concepto de generación es el único que permite calar hasta el hueso el freno interno que contuvo a la Juventud Peronista hasta setiembre de 1955. La autoridad de Perón era tan indiscutible, y la jerarquía de sus segundas líneas (Teisaire, Aloé, los otros gobernadores e incluso los interventores del Partido) estaba asentada en la potestad del líder, que una fracción generacional solo podía existir como un apéndice utilitario. Le estaba vedado constituirse en un nosotros juvenil independiente y perturbador de lo dado, porque eso dado era el poder peronista que estaba bajo el fuego graneado de la oposición.

Una generación supone la asunción colectiva de una tarea histórica y política que distancia a esa juventud de sus antecesores. Tal proyección era inimaginable para los jóvenes peronistas del período 1946-1955, aunque todo este libro no ha sido sino el registro de cuán cerca y a la vez cuán lejos estuvieron de devenir una generación política. Si hubo una construcción generacional en ese lapso, se dio en sectores juveniles no peronistas, sin embargo profundamente conmovidos por la emergencia del movimiento popular de Perón. Adoptaron actitudes diversas ante el peronismo, pero en ningún caso pretendieron protegerse en la indiferencia. Fue una juventud intelectual, cuya expresión más conocida fue la revista *Contorno*.⁵

⁵ Sobre *Contorno*, Nora Avaro y Analía Capdevila, *Denunciadistas. Literatura y polémica en los 50*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2004. Hemos tratado algunos dilemas de la construcción generacional en el período en O. Acha, «Revistas de las afueras del peronismo: *Contorno* e *Inuago Mundi* entre la renovación historiográfica y el proyecto generacional», en *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Herramienta, 2008.

No fue sin embargo la única: los jóvenes de la izquierda nacional, inclinados a un «apoyo crítico» al peronismo, también se concibieron como una «nueva generación».⁶

Antes que una deriva de las ideas contestatarias y culpabilizantes de una generación sólo redimibles por la expiación, como propusieron algunas lecturas, *Contorno* quizá haya sido el producto de una lógica colectiva que exigía un parricidio simbólico.⁷ Es paradójica esta realidad según la cual el peronismo fue crucial para el encuadre generacional de sectores que no estaban plenamente inscriptos en el sistema de poder peronista. Equidistantes entre peronismo y antiperonismo, antiperonistas, o pro peronistas, ocurrió una fundación generacional en lo intelectual. En el plano propiamente político, el peronismo experimentó una obturación de semejante transformación en la dimensión intelectual para acelerarla en la política tras su caída: no hubo una generación intelectual peronista como la deseada por *Latitud 34* (que según citamos en su momento también apeló al «contorno»), pero sí se erigió una nueva generación política después de 1955. ¿Cómo entender esto?

Como vimos, Perón se refirió repetidamente a una «nueva generación». Usualmente incluyó en la misma a toda la juventud argentina. Sin embargo, como la única identidad válida era la peronista, una juventud argentina legítima debía ser equivalente a una juventud peronista. A la inversa, no podía ser partidaria. Debía carecer de sesgos e intereses inconfesables. De allí la importancia del deporte en la edificación de individuos virtuosos y moralmente incorruptibles que debían obedecer a sus mayores.

Pero una nueva generación, para ser tal, debe cuestionar a sus predecesores. Y como había nacido, siempre según la noción de «Nueva Argentina», en el país peronista, tenía que emerger como negación de sus fundadores, es decir, de Perón y la dirigencia peronista. La conclusión inexorable es que, puesto que la primera Juventud Peronista careció de autonomía, estuvo impedida de devenir una nueva generación política. Quizá la Argentina peronista fuera demasiado reciente para engendrar un corte generacional.

Preguntamos a Natalio Acher por qué los jóvenes peronistas entre

⁶ La urdimbre generacional fue ostensible en los escritos de Jorge Abelardo Ramos y Enrique Rivera, quienes entre otros sostuvieron en la editorial *Indoamérica*, aun antes de 1955, la colección «Biblioteca de la Nueva Generación».

⁷ Oscar Terán, «Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950», en *En busca de la ideología argentina*, Buenos Aires, Catálogos, 1986.

los que se contó carecieron de voluntad para imponerse como actores políticos con relativa autonomía. Acher pensó un momento, con un brillo de cierta tristeza en sus ojos, y respondió: «Estábamos como dormidos». «No pensábamos con nuestras propias cabezas», agregó. Con otro estilo, Alfredo Carlino nos dijo lo mismo. Para esa juventud, Perón era «todo». Esperaba que Perón fuera eterno.

La anulación del pasado que hemos observado en el mito de la Juventud Peronista de «Corrientes y Esmeralda», entonces, fue mucho más que una negación de los antecesores. Fue en realidad un desmuestro de los viejos peronistas, quienes con muy escasas excepciones cayeron en el oprobio o, en los casos más benévolos, en el olvido. La negación del pasado fue un instrumento inconsciente, inexorable, de una afirmación generacional. En este caso, a diferencia del «contornismo», no fue una generación intelectual sino una generación política. Se reconocieron como nosotros y nosotras en la Juventud Peronista cuando en la vorágine de la lucha política la única manera de conformar un colectivo eficaz fue construirlo en cada lugar, en cada barrio, e incluso en cada casa.

Un equívoco podría derivarse de lo recién dicho: creer que la primera Juventud Peronista malogró su oportunidad para abrirse paso porque le faltó modernidad y progresismo, porque fue demasiado nacionalista o católica, excesivamente conservadora y jerárquica. Habría sido, de ese modo, una juventud más propia de las entreguerras que de los tiempos por venir. La fascinación que en algunos de sus dirigentes aún tenía Primo de Rivera delataría su anacronismo. Y por lo tanto, podría concluir el razonamiento progresista, la Juventud Peronista recién pudo ser la «gloriosa JP» cuando se modernizó, adoptó énfasis revolucionarios y asumió los aires de una liberalidad decidida. Hay dos razones que contradicen ese razonamiento. La primera es que la crisis política de fines de 1954 había lanzado una escalada de la Juventud Peronista que la estaba configurando como una fuerza significativa cuando su desafío fue tronchado por la Revolución Libertadora. En otras palabras, la transformación de la Juventud estaba en marcha cuando todavía el nacionalismo era uno de los nervios centrales de su peronismo. La segunda razón es que la segunda Juventud, la «resistente», no sólo compartió espacios de lucha con los jóvenes de la vieja hornada, sino que adscribió a un buen tramo de sus valores y símbolos. Fue la exigencia histórico-material de una nueva fundamentación identitaria la que produjo en los años sesenta una fractura generacional. Si se adoptaron entonces hábitos y costumbres nuevas, ello no se

explica por el hecho de que fueran más liberadores, sino porque fueron más útiles para desacreditar a los «viejos» y asumir estrategias consideradas adecuadas.

El canto de las generaciones atizaría desde entonces —hasta la hecatombe que sobre dicha lógica produjo la última dictadura militar— la posición de la juventud en el peronismo. También en los setenta la discusión sobre qué es una generación política marcaría el paso de la proyección revolucionaria del peronismo, es decir, la posibilidad de exceder el modelo de un país capitalista con redistribución y reconocimiento en pos de una transformación de fondo.⁸

Pronto nuevas inflexiones modificarían las orientaciones juveniles hacia direcciones inesperadas. Nuestra investigación concluye en las puertas de esa novedad, en la que una nueva generación de heterogéneas filiaciones se aprestó a protagonizar un cambio social que equivalía a su propia promoción política. Ya no miraría hacia atrás. No debía hacerlo para encarar sin vacilaciones el sendero de una política diferente a la derrotada en 1955. El pasado estaba muerto y era inútil para avanzar en el sendero de una nueva época.

La primacía del presente y la aspiración a construir un futuro dominaron la imaginación política de la primera Juventud Peronista. La nueva Juventud posterior a 1955 le dio la espalda, desdeñosa. Así quiso protagonizar una lucha en la que debía forjar sus propias armas. Pero en lo profundo de su proyecto latía irresuelto el dilema decisivo que había colonizado el ambiguo desarrollo del Movimiento de la Juventud Peronista originario, a saber, la posición y autonomía políticas permitidas en una lógica de poder formalmente vertical y unitaria. La nueva Juventud cimentada, cómo negarlo, bajo la hostil vigilancia de dictaduras militares (primero la «Libertadora», luego la «Revolución Argentina» de 1966), y también la Juventud setentista, vacilaron en el desciframiento de la reserva de Perón hacia las nuevas generaciones. Estas fueron exaltadas, e incluso llamadas «maravillosas», mientras parecieron útiles para los fines del conductor. Cuando exigieron cuotas mayores de poder, colisionaron violentamente con el anciano líder y sus huestes menos aptas para tolerar cambios radicales.

Se ha dicho que la organización juvenil Montoneros adoptó en los setenta una política de forzamiento contra la resistencia de Perón

⁸ Un testimonio de la relevancia de lo generacional perceptible en 1970: Ernesto Jauretche, *No dejés que te la cuenten. Violencia y política en los 70*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1997, pp. 57-58.

a ceder el poder, desconociendo su autoridad y menoscabando al tercer gobierno peronista. Esta posición fue sostenida incluso desde sectores de la Juventud Peronista, dando lugar a la «Lealtad», la fracción que quiso distinguirse de la estrategia montonera. Aquí no entraremos en ese debate. Sin embargo, sí podemos destacar que en la lógica del pensamiento de Perón, veinte años después del periodo investigado en este libro, la definición de la transmisión de la capacidad decisoria a la juventud permanecía fijada en un futuro indefinido y supeditado a una pedagogía cuyos sentidos le estaban reservados al conductor. El 14 de febrero de 1974, hablando ante la Juventud Peronista, reiteró el aplazamiento de la transmisión generacional del poder en el justicialismo. Su prometido trasvasamiento fue prorrogado sin mención de vencimientos. Luego de señalar que lo más importante en toda la revolución era la juventud, se preguntó por qué, y respondió a la interrogación retórica: «Porque es el futuro, y las revoluciones no se hacen para ahora, sino para el futuro. Nosotros seremos quizá los que trabajemos arduamente por conseguirla; pero los que van a gozar, disfrutar o sufrir son los que nos sigan a nosotros o a ustedes».⁹

Ante el auditorio juvenil, el mensaje era inequívoco. La Juventud carecía del mandato para asumir un relevo generacional. Por eso Perón agregó inmediatamente que la condición para el trasvasamiento generacional era la «capacitación» de la juventud. En una nueva pregunta retórica dijo: «¿Para qué habríamos hecho nosotros un esfuerzo de treinta años si luego viniera una juventud incapacitada y destruyera todo lo que hemos hecho?».¹⁰ Nuevamente, el pasaje del poder era remitido al futuro. Dos semanas más tarde Jorge Obeid lanzó la *Juventud Peronista Lealtad* y el primero de mayo Perón indujo la ruptura con Montoneros en la Plaza de Mayo. Frente a la juventud insumisa y ambiciosa, había optado por la ortodoxa dirigencia sindical y la derecha del movimiento. Que la inclinación a favor de la Juventud fuera inviable o implicara una guerra civil a la que nunca quiso contribuir, ni en 1945, ni en 1955, ni en 1974, es un debate que merecería otra investigación. Lo cierto es que así selló la suerte de una Juventud Peronista de corte montonero que era subsidiaria del amor popular por el viejo líder.

Como fuera que haya sido el enigma de los setenta, otra historia de la Juventud Peronista hubiera permitido a las nuevas hornadas

⁹ Juan D. Perón, *Perón habla a la Juventud Peronista. Segunda reunión*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación-Secretaría de Prensa y Difusión, 1974, p. 8.

¹⁰ *Ibidem*.

ingresantes en la política revolucionaria a fines de los años sesenta construir una concepción más precisa del peronismo y de la estrategia juvenil en su seno. Quizá una mirada más flexible y veraz hacia la primera Juventud Peronista hubiera consentido comprender la hondura del problema político ya planteado en 1946-1955.

La historia ha transcurrido, se ha ido y perdido para siempre. Jamás sabremos qué hubiera ocurrido si se hubiera actuado de otra manera, si es que eso hubiera sido posible. En verdad sabemos que un ejercicio como el nuestro es inexorablemente anacrónico, es decir, se lanza atrabiliario contra la cronología que nos oprime.



Epílogo

La historia de la Juventud Peronista originaria expone la certidumbre de cuán necesaria es la investigación para una historia del peronismo. A pesar de la numerosa bibliografía dedicada por las ciencias sociales y las humanidades, por el ensayismo y el periodismo, al que quizá sea el tema central del saber social en la Argentina, el peronismo, todavía necesitamos nuevas y mejores revisiones. Antes que derivación de la obsolescencia o ingenuidad de los estudios precedentes, tal exigencia deriva de la necesidad que toda época tiene de reescribir su pasado, de hacerlo para actuar sobre su presente y construir el futuro. En este sentido, no dudamos de que futuras indagaciones superaran este ensayo. Como el peronismo, un proceso en sí mismo complejo y denso, es un elemento constitutivo de la realidad argentina, la tarea de investigación enlaza la búsqueda de la verdad con la intervención sobre nuestras circunstancias. Nuestro mundo ha cambiado recientemente. Nuestros saberes deben hacerlo.

El caso de la Juventud Peronista suscita dilemas que en modo alguno se han disuelto. Pues aunque no podemos creer sin más, como se pensaba en las décadas de 1960 y 1970, que la juventud es un sujeto social y político con aspiraciones propias definidas (presumirlas en cualquier sujeto es un error que conduce a la derrota de la estrategia basada en tal supuesto), la expansión del periodo juvenil de la vida continúa nutriendo el problema de las juventudes políticas. No sabemos cuándo, pero llegará el momento en que la juventud reclamará nuevamente un lugar preeminente en la política. Conocer la historia será entonces un insumo fundamental.

Hace medio siglo, en los tiempos en que la filosofía práctica de Herbert Marcuse y la política de Ernesto *Che* Guevara eran banderas

de las juventudes revolucionarias en buena parte del llamado mundo occidental, la juventud emergía como un vector de cambio radical. Era concebida como incompatible con la mediana burguesa de los adultos adaptados al *sistema*, esto es, al mercado capitalista, al trabajo alienante, a la neurosis mutiladora, a la familia reaccionaria, en fin, a todo lo que era visto como opresivo. La sociedad capitalista era sumisa y conformista, la juventud se quería enérgica y transformadora, esculpida en tendones e ideales.

La experiencia argentina de la segunda mitad del siglo XX tuvo otros condimentos que hicieron muy especial la emergencia de una política juvenil. El peronismo constituyó un dato ineludible de toda estrategia política, incluida la asociada a la juventud. Pronto el socialismo latinoamericano introdujo un elemento radicalizante inesperado y de consecuencias incalculables.

La Revolución Cubana de 1959 acreditó la posibilidad de una revolución social con métodos singulares. Después de ella fue innecesario apelar a modelos externos o precedentes rusos o chinos. Surgió una vía propia a la revolución. De esa conjunción brotaron diversas fórmulas emanadas de una misma fuente guerrillera, entre las cuales la identificada con la Juventud Peronista fue una más dentro de un amplio panorama donde el guevarismo cundió como el deseo por un cuerpo hermoso. Todas las tradiciones políticas vieron surgir juventudes radicalizadas y con una fuerte orientación de extrema izquierda. Las formaciones organizativas tradicionales se fracturaron. Los viejos quedaron de un lado con sus recetas prudentes y conciliadoras. Pero hubo un ingrediente igualmente importante en la trama revolucionaria argentina, quizá más importante que la atracción de la lucha armada por sectores en conjunto minoritarios: fue una extensa y honda inquietud obrera y popular que halló sobradas justificaciones para expresar su oposición a gobiernos y clases opulentas incapaces de aceptar la democracia de masas. Fue en ese ambiente, y no en una presunta dialéctica infernal de «La Violencia», que la juventud ansiosa se aprestó a una lucha que parecía definitiva.

En el caso del peronismo es preciso hablar de varias juventudes radicalizadas (dejemos de lado a sus fracciones conservadoras y de derecha, que merecen estudios específicos), enfrentadas respecto de los objetivos del peronismo y de la relación con el plantel político tradicional del movimiento, y en especial con el liderazgo de Juan Perón. Hasta la construcción de la Juventud Peronista como rama del movimiento en los primeros años setenta, una disputa abierta con Perón era inimaginable. Pero los tiempos habían cambiado y los entu-

sismos provocados por el crecimiento del activismo juvenil hicieron creer erradamente a muchos, y especialmente a Montoneros, que el trasvasamiento generacional no toleraba más dilaciones. Había llegado el tiempo de la revolución nacional. Todos *los viejos* estaban en el pasado.

Un mundo de ideas, sentimientos y experiencias distanció a la Juventud Peronista setentista de la que hemos estudiado en este libro. Las actividades de índole cultural y deportiva que caracterizaron a los emprendimientos de Luis Priori Gordillo o incluso de Rodolfo Traversi hasta fines de 1955, serían considerados absurdos o inútiles para los ánimos revolucionarios de las décadas posteriores. Se entiende por qué tras la acelerada transformación de la Juventud en los tiempos del postperonismo, desde fines de setiembre de 1955, aquella quedaría en la sombra de la memoria. La mácula de Teisairé la borró de la historia.

Los vínculos de la militancia juvenil del peronismo con el nacionalismo y el catolicismo, fundamentales para entender las capas dirigidas del período 1951-1955, se modificaron radicalmente desde la caída de Perón. El nacionalismo continuó siendo un rasgo central en la definición de la Juventud Peronista. Pero fue, de una manera cada vez más pronunciada, un nacionalismo fuertemente atravesado por la lectura marxista y antiimperialista de ideólogos como Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui. El propio José María Rosa desplazó los andariveses por los que circulaban sus ideas. La distinción entre un nacionalismo oligárquico y un nacionalismo revolucionario quebró amarras con el mundo de entreguerras en el que había formado sus categorías la juventud nacionalista. El lugar del catolicismo también se alteró. El Concilio Vaticano II, desarrollado en Roma entre 1962 y 1965, confirmó algo que el activismo laical argentino había concluido antes: el verdadero camino del evangelio estaba en la opción por los desposeídos y los trabajadores. En la Argentina ese sendero confluyó con el peronismo y, sobre todo, con las vertientes juveniles radicalizadas. Por lo tanto tampoco nos asombra que esa creencia facilitase un drenaje masivo de la juventud católica hacia la izquierda peronista a fines de la década.

* * *

La Juventud Peronista puede ahora comenzar a contar su historia, incluso si algo de ella quedará siempre en lo extraño del pasado, pues nunca se narra toda la historia. Al término de nuestro camino adver-

timos que quizá hayamos subrayado en demasía el perjuicio ocasionado por el mito tradicional de la historia de la Juventud Peronista: 1957, Rearte, Corrientes y Esmeralda...

El enunciado originario de una teoría de la interpretación dice que *el mito es el sexo de la verdad*. Un mito no puede ser desplazado por una imposible realidad objetiva presentada sin impurezas. Solo se disuelve ante el encanto de otro mito más convincente. Y a esta altura de la cosa no estamos seguros de hasta dónde nuestra construcción se ha sustraído de una fundación mitológica. Quizá lo que aquí concluye no haya sido sino una protesta contra el olvido.

Las huellas de la primera Juventud Peronista se deshicieron en la noche triste de la memoria que devoró a Teisairé y a Juancito Duarte, al gorró *Pochó* y a la Alianza Libertadora Nacionalista. Hasta este día su disolución en la memoria fue una omisión inconsciente, pero no arbitraria. Como un amor perdido en las costuras del tiempo o una revolución derrotada, sus huellas perdurarán hasta la muerte y aún más allá.

Hemos intentado arrojar alguna luz sobre los espectros de la juventud inaugural del peronismo, antes de que sus rastros se disgregasen definitivamente entre las arenas de la eternidad, extraviados entre los pliegos rancieros que se descomponen con solo mirarlos. Sin duda que todo concluirá allí. Pero ante la nada que nos aguarda, la palabra resiste y ofrenda esperanzas de porvenir, desde luego, en las nuevas generaciones.